

ENVEJECIMIENTO DEMOGRÁFICO EN ESPAÑA

Anna Cabré i Pla

Julio Pérez Díaz

0. Introducción

Desde que existe algo parecido a los estudios de población, sus hallazgos han suscitado interés e, incluso, preocupación en amplias capas sociales. No en vano, el objeto de estudio de la demografía nos afecta directa y personalmente. Así, a lo largo del presente siglo se han producido controversias abundantes en torno a la libertad de uso de diversos métodos anticonceptivos, la relación entre crecimiento demográfico y económico, la participación electoral y política de las mujeres, el trabajo de éstas, los roles en el matrimonio, la natalidad existente y la deseable, la responsabilidad del Estado respecto a la salud o la política migratoria. Todas ellas son cuestiones en que la demografía, en mayor o menor medida, tenía algo que decir.

Varios son los temas demográficos que actualmente acaparan la atención de la opinión pública en España, pero los fundamentales pueden resumirse en dos: el descenso de la natalidad y el envejecimiento demográfico. Y, de nuevo, se trata de temas que no sólo suscitan interés, sino que, a menudo generan preocupación e, incluso, de cierta alarma.

Se va a tratar aquí el envejecimiento demográfico de la población de España, aunque, inevitablemente, se hará también referencia a la evolución de la natalidad,

uno de los principales determinantes del primero. Avanzando algunas de las conclusiones, y para disipar en lo posible alarmas innecesarias, conviene decir que se trata de un proceso integrado plenamente en la dinámica poblacional del país. No en vano, los fenómenos demográficos constituyen un sistema de gran coherencia interna y es dicho sistema, no los fenómenos aisladamente, lo que constituye el objeto privilegiado de estudio de la demografía.

De acuerdo con esta perspectiva, más que resultados parciales se dibujará una panorámica amplia sobre la evolución reciente de la estructura por edades de la población de España, integrándola en su perspectiva histórica y en su contexto geográfico. Igualmente se expondrá el modo en que mortalidad, natalidad y migraciones, los tres determinantes de la estructura por edades, confieren su perfil específico a la actual pirámide de población en España. También se realizará una primera aproximación, a partir de sus principales características sociodemográficas, al perfil de las personas que actualmente superan los 65 años.

1. El fenómeno del envejecimiento demográfico en los países desarrollados

En los últimos dos siglos, con diferentes ritmos y calendarios, viene produciéndose en zonas cada vez más amplias del planeta una transformación de los sistemas demográficos conocida como "transición demográfica". Dicha transición consiste, básicamente, en el paso de un régimen de tasas elevadas de mortalidad y de natalidad a otro en que ambas tasas vuelven a "equilibrarse" en niveles muy inferiores. En casi todos los países observados, durante este proceso se produce un período intermedio, en que la mortalidad empieza a disminuir pero la natalidad no, con el consiguiente aceleramiento de los ritmos de crecimiento de la población. Si bien no existe absoluta unanimidad sobre las causas de un proceso de tal magnitud, sí se admite generalmente que están relacionadas con el grado de desarrollo económico de cada país. No es extraño, por tanto, que fuesen los países europeos los primeros en experimentar la transición.

Ahora bien, el paso de un régimen de mortalidad y natalidad elevadas a otro en que ambas son bajas implica directamente el envejecimiento de la población. En efecto, en una población con muchos nacimientos pero con una esperanza de vida

baja, la edad media de sus componentes resulta también necesariamente baja. En otros términos, la proporción de jóvenes será elevada, puesto que pocos de ellos podrán llegar a edades avanzadas. Por el contrario, en poblaciones con baja natalidad y en las que cabe esperar vivir muchos años, la proporción de ancianos crece sustancialmente.

Tal es el caso de los países desarrollados en general, y de los europeos en particular. Como cabe deducir lógicamente, el proceso de envejecimiento demográfico, en tales circunstancias, no es más que la expresión de progreso social y material, lo que desvirtúa el carácter negativo con que a veces es tratado. En realidad, muchos países en desarrollo empiezan también a experimentar las mismas tendencias, mientras uno de sus problemas acuciantes en la actualidad es el exceso de crecimiento y la elevada proporción de población joven.

Cuadro 1. Porcentaje de >65, >75 y >80, por regiones del Mundo 1990

Región	>65	>75	>80
Europa	13,7	6,1	3,2
América del Norte	12,6	5,3	2,8
Oceania	9,3	3,6	1,8
Asia ¹	4,8	1,5	0,6
América del Sur/Caribe	4,6	1,6	0,8
Oriente próximo y África del Norte	3,8	1,2	0,5
África Subsahariana	2,7	0,7	0,3

¹ Excluida la U.R.S.S.

FUENTE: U.S. Bureau of the Census, Center for International Research, International Data Base on Aging, Washington D.C. 1992

De los veinte países con mayor porcentaje de personas de 65 y más años en 1992, los 18 primeros eran europeos, seguidos por Japón y por Estados Unidos. Suecia, con el 17,9%, ocupaba el primer lugar, seguida de Noruega. España se situaba un el duodécimo lugar, con más del 14%.

No obstante, la posición española en este peculiar "ranking" es muy reciente y podría crear una imagen distorsionada de nuestra situación. La transición demográfica en España se ha cumplido con cierto retraso respecto a otros países desarrollados, y hasta fecha muy reciente su población se situaba entre las más jóvenes de Europa. Confluían una fecundidad elevada y el carácter reciente del

importante descenso de la mortalidad para dibujar una pirámide de base notablemente amplia. ¿Qué ha ocurrido entonces para que aquella joven población ocupe su actual posición en el *ranking* de países envejecidos?

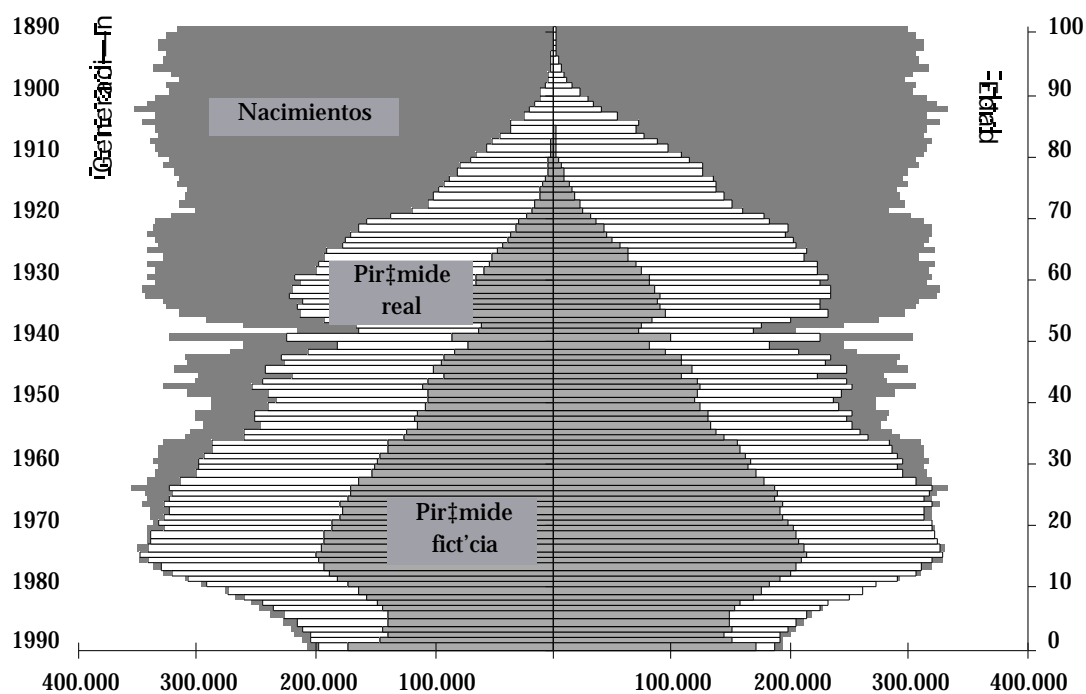
2. Las causas del envejecimiento demográfico en España

Demográficamente hablando, las causas posibles se encuentran perfectamente delimitadas. Son la mortalidad, la natalidad y las migraciones los tres fenómenos que condicionan la concreta configuración de la estructura por edades y su evolución. Antes de pasar a exponer cuales han sido los cambios que han experimentado recientemente cada uno de estos factores, será conveniente ver cual ha sido el resultado de su evolución conjunta sobre la pirámide de edades. Para potenciar el ya de por sí elevado contenido informativo de este tipo de gráficos, se le han añadido los resultados de un ejercicio de "ficción" doble: la pirámide que tendría España en 1991 si desde 1900 sus habitantes hubiesen sido inmortales (en suma, en cada grupo de edad el efectivo representado es el de los nacimientos de esa generación) y la pirámide que tendría si, por el contrario, las probabilidades de morir de cada edad no hubiesen mejorado en nada desde 1900.

2.1. Mortalidad

La tasa de mortalidad en España ha descendido considerablemente a lo largo del presente siglo, con el consiguiente aumento de la proporción de personas que llegan a la vejez en cada una de las sucesivas generaciones. En realidad, el punto de partida era desastroso; al empezar el siglo la población de España tenía una esperanza de vida al nacer inferior a los treinta y cinco años, la más baja de toda Europa, si no se tiene en cuenta a Rusia, y más de quince años por debajo de Francia, Gran Bretaña o los países nórdicos. Basta comparar las pirámides ficticia y real de la Figura 1 para comprobar cómo, sin mejoras de la mortalidad desde 1900, la mayoría de los españoles contemporáneos habría muerto ya hace tiempo.

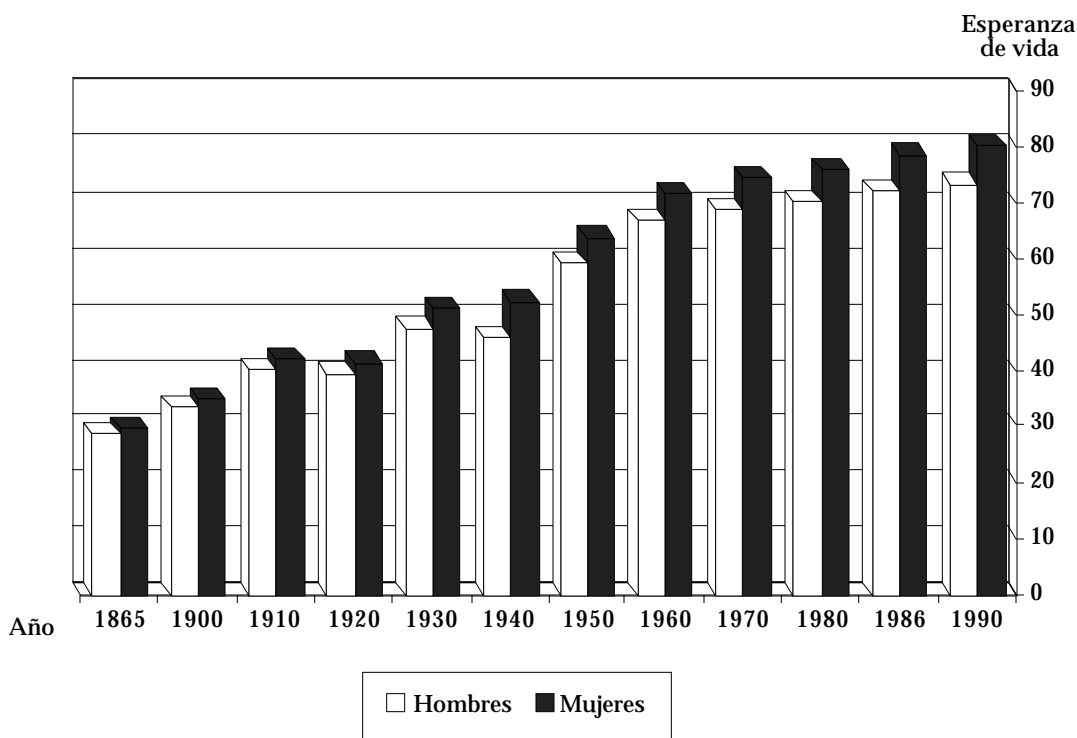
Figura 1. España 1991. Nacimientos, pirámide real y pirámide hipotética (mortalidad por edades inamovible desde 1900).



Fuente: Los nacimientos se han extraído del Movimiento Natural de la Población correspondiente; la población de 1991 del Censo de Población publicado por el INE; la población ficticia se ha calculado usando la tabla de mortalidad elaborada por Anna Cabré en La reproducción de las generaciones catalanes. 1856-1960. Barcelona, 1990.

El progreso en este terreno ha sido tan espectacular que ha situado a España entre los países con mayor esperanza de vida en el conjunto mundial, rondando los 80 años en 1990.

Figura 2. Esperanza de vida al nacer, por sexos. España 1865-1990



FUENTE: Anna CABRE, *La reproducció de les generacions catalanes 1856-1960, 1989.* y España. *Anuario Estadístico 1993, INE, para los datos de 1990.*

La evolución ha sido tan espectacular que durante algunos años, cumplir un nuevo aniversario no suponía disminuir en nada la esperanza de vida restante, puesto que ésta crecía precisamente al mismo ritmo con que envejecían los individuos.

No obstante, estas mejoras no dan cuenta directamente del aumento de la proporción de ancianos en el conjunto de la población. Si bien el descenso de la mortalidad explica gran parte del crecimiento demográfico de España, respecto a su composición por edades su principal efecto ha sido el de rejuvenecerla. El motivo es

que el retroceso de la mortalidad se ha producido en todas las edades y, muy especialmente, en la mortalidad infantil. En el cálculo de la esperanza de vida, la muerte evitada de un niño aporta muchos más años que la de un viejo al cómputo del promedio de años vividos entre toda la población. Nada menos que una quinta parte de los nacidos en España a principios de siglo moría sin llegar al primer año de vida, mientras que en 1991 la proporción era de 7,2 por cada 1.000 nacidos. Por tanto, es solamente en años recientes, al llegar las tasas de mortalidad infantil a estos valores difíciles de reducir, cuando el descenso de la mortalidad de las personas de edad avanzada hace que estas hagan una aportación significativa al aumento de la esperanza de vida y al aumento de la proporción de su grupo de edad respecto al resto de la población.

Pueden observarse también en la tabla anterior las diferencias características entre hombres y mujeres, causadas por la sobremortalidad masculina. Más adelante, al tratar la relación de masculinidad por edades, podrán comprobarse los notables efectos que dichas diferencias tienen sobre la estructura por sexos de la población anciana.

2.2. Natalidad

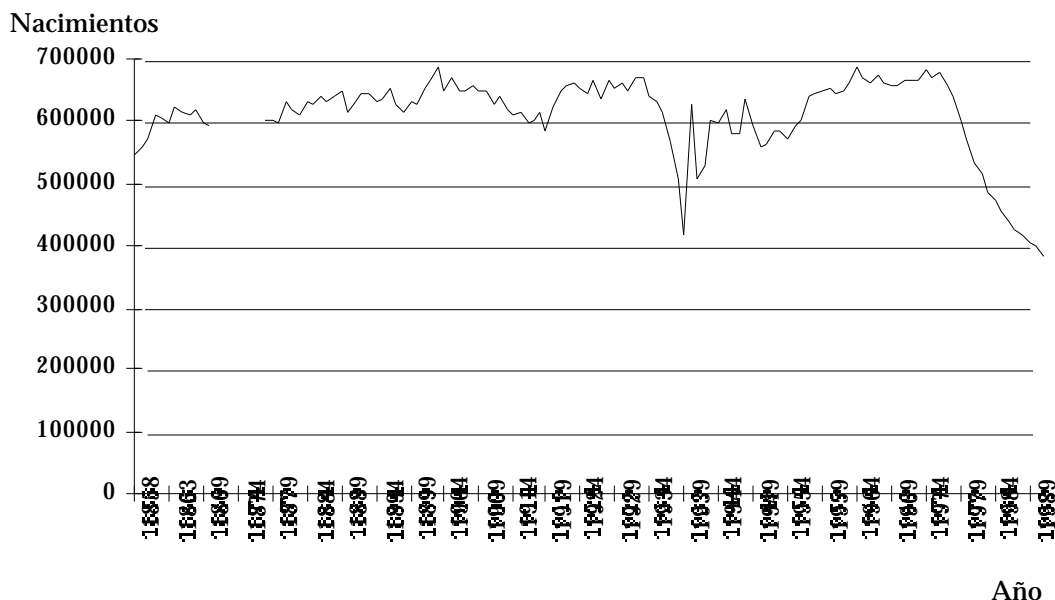
En realidad, es la evolución de la natalidad, y no la de la mortalidad, la que explica en mayor medida la reciente distribución por edades de la población de España. Esto es así porque el número de nacimientos sí determina de manera inmediata las relaciones entre los grandes grupos de edad.

Sorprendentemente, el número de nacimientos viene siendo muy similar durante todo el siglo. Ya a mediados del siglo pasado los nacimientos anuales oscilaban en torno a los 600.000. En 1900, medio siglo después, llegaban a 650.000 y, tras diversas oscilaciones correspondientes a accidentes históricos, los nacimientos alcanzaban su máximo en 1976, rebasando los 677.000. Lo que explica esta cierta constancia, pese al continuo crecimiento de la población en su conjunto y, especialmente, al de la población en edad de tener hijos, es un también continuado descenso de la fecundidad.

Después de 1976 el descenso de la fecundidad cambia de ritmo radicalmente, acelerándose de tal manera que el número anual de nacimientos sufre un auténtico desplome. De hecho, y pese a que el reciente descenso de la fecundidad no es una

característica exclusiva de España, su envergadura en nuestro país le coloca en los lugares más bajos del conjunto mundial. Ya en 1983 los nacimientos fueron inferiores al medio millón, pero el descenso ha continuado hasta los 386.000 de 1991, un mínimo histórico especialmente notable, dada la trayectoria anterior de la natalidad en España.

Figura 3. Número anual de nacimientos España 1858-1991



FUENTE: *Movimiento Natural de la Población* correspondiente a cada año.

Por todo ello, conviene relativizar la envergadura del proceso de envejecimiento demográfico y, sobre todo, su traducción en el porcentaje de personas mayores de 64 años, puesto que la reciente evolución de dicho porcentaje es un resultado claro de la reducción de la base de la pirámide. La planificación deberá basarse mucho más en la evolución del número absoluto de ancianos y en las relaciones entre los diferentes subgrupos de edad que lo componen, teniendo en cuenta el volumen de las generaciones que sobrepasarán los 65 años próximamente. La fecundidad es un factor difícil de predecir, pero su tendencia actual no puede prolongarse mucho más tiempo, aunque sólo sea porque es imposible descender de los cero hijos por mujer. Añádase a ello el bien conocido comportamiento cíclico de esta variable y resultará evidente que no pueden hacerse previsiones sobre el incremento del porcentaje de mayores de 64 años basándose en su evolución actual. Otro factor que sí va a ralentizar con seguridad el ritmo al que crece el porcentaje de

ancianos, a saber, la llegada de generaciones poco numerosas a los 65 años, se analizará tras el apartado dedicado a la migración.

2.3. Migraciones

Las migraciones son el tercer factor determinante de la estructura por edades de cualquier población. Esto es así porque el número de emigrantes o de inmigrantes no se distribuye por igual en todas las edades. Puesto que el motivo preponderante de las migraciones durante nuestro siglo ha sido la búsqueda de trabajo, sus efectos se hacen notar preponderantemente entre las personas adultas-jóvenes. El efecto rejuvenecedor en la población receptora es doble, puesto que, además, los inmigrados están en edad de tener hijos, o bien los que ya tienen se trasladan con ellos. Esto hace que la población de la que tales personas emigran vea disminuir automáticamente la proporción de jóvenes en el conjunto, mientras que el efecto es el contrario en la población que las recibe.

España ha sido un país tradicionalmente emigratorio durante siglos. Esta tendencia, además, se vio muy acentuada durante los años 50 y 60, cuando la reconstrucción y el desarrollo industrial europeos generó una gran demanda de mano de obra. No obstante, el efecto "envejecedor" en la estructura por edades fue poco perceptible, dada la mayor importancia del efecto "rejuvenecedor" del descenso de la mortalidad y de la natalidad elevada.

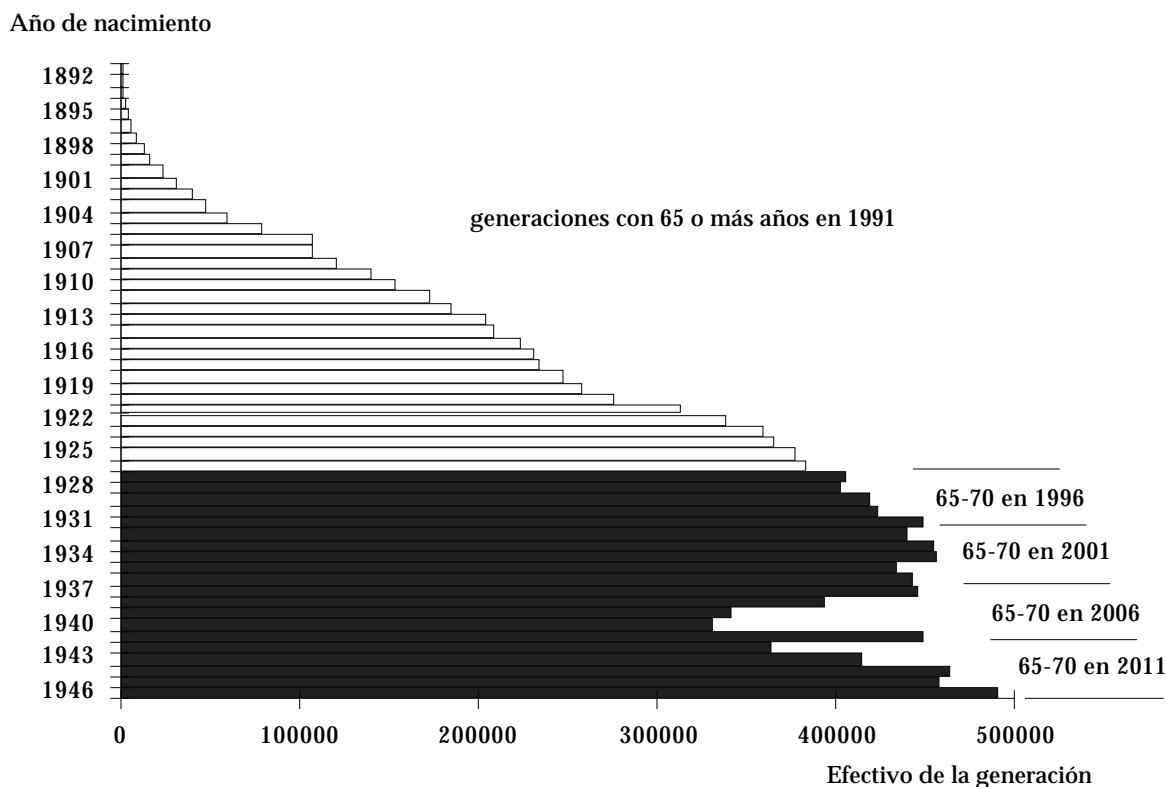
A mediados de los setenta, no obstante, se produce un giro histórico respecto al saldo migratorio: después de siglos de emigración, las salidas se reducen rápidamente y las entradas llegan a superarlas: ¡España se convierte en un país de inmigración! Esta novedad, sin embargo, se produce en un contexto general de cambios demográficos que de nuevo va a restarle todo protagonismo sobre la estructura por edades. La mortalidad infantil ya es muy difícilmente reducible, por lo que su efecto rejuvenecedor se agota, mientras que, ahora sí, el descenso de la mortalidad a edades avanzadas hace aumentar la proporción de mayores de 64 años. Lo mismo ocurre con el rápido descenso de la natalidad. Además, aunque su volumen sea mucho menor al que se esperaba, también las migraciones de retorno de antiguos emigrados que hoy tienen una edad avanzada, así como la de jubilados europeos con una larga historia personal de visitas a España, contribuyen a reducir el efecto rejuvenecedor de la inmigración actual.

Puede parecer, a tenor de lo expuesto, que podría haberse obviado el comentario sobre el efecto de las migraciones. Sin embargo, su exposición servirá para arrojar luz sobre las diferencias regionales en la estructura por edades de la población de España, que se comentarán más adelante, cuando se exponga la distribución geográfica del fenómeno del envejecimiento demográfico. Se verá entonces que, al contrario de lo que ocurre respecto al conjunto del país, las migraciones son factor explicativo de gran importancia.

2.4. El diferente volumen de las generaciones

Se trata en este caso de un factor derivado de los tres ya expuestos, que son los que en realidad "esculpen" el particular perfil de la pirámide de población al actuar de manera diferente sobre el volumen de cada generación. Pero estas diferencias entre generaciones, que resumen en cierto modo la historia de España, se convierten en sí mismas en un determinante más en la explicación de las relaciones entre los grandes grupos de edad. Demasiado a menudo, se proyecta el crecimiento de la proporción de ancianos en España sin tener en cuenta este determinante tan elemental. En la figura XX puede observarse que, en efecto, los volúmenes de las generaciones en torno a los 65 años son muy diversos. El paso al grupo de mayores de 64 años por parte de las generaciones "vacías", nacidas entre 1911 y 1920 (las más afectadas por las fuertes oleadas de la gripe de 1918 y por las bajas durante la contienda civil), ha hecho aumentar mucho menos la proporción de este grupo de lo que lo está haciendo actualmente el conjunto de generaciones "llenas" nacido entre 1921 y 1935 (nótese que el efecto es doble, puesto que simultáneamente estas generaciones dejan de formar parte del gran grupo anterior de menores de 65 años). Aún más evidente es el efecto futuro de la llegada a los 65 años, entre el 2001 y el 2006, de las generaciones nacidas entre 1936 y 1941, muy reducidas por el déficit de nacimientos producido por la guerra civil.

Figura 3. Volumen de las generaciones 1892-1946, España 1991



FUENTE: Se ha hecho una aproximación a partir de la población por edad INE, *Censos de Población y de Viviendas*. (Muestra avance). Madrid 1992.

3. La estructura por edad de la población de España

Como puede observarse en el Cuadro 2, el grupo de 65 años y más no ha dejado de aumentar en términos absolutos durante todo el siglo, y lo ha hecho, además, a un ritmo muy superior que el conjunto de la población. Desde 1900 la población de todas las edades apenas se ha duplicado, mientras la de 65 y más años se ha multiplicado cinco veces y media. Y esta tendencia aún debe acentuarse más; a no ser que ocurran catástrofes inesperadas que modifiquen dramáticamente la tendencia de la mortalidad, las proyecciones son bastante fiables al predecir que en el año 2001 los mayores de 65 años serán siete veces más que en 1900.

Cuadro 2. Población por grandes grupos de edad, España 1900-2001. (En miles)

Año	0-14	15-64	65 y más	Total
1900	6.233,7	11.395,9	967,8	18.597,4
1910	6.785,9	12.085,1	1.105,6	19.976,6
1920	6.892,6	13.211,8	1.216,6	21.321,0
1930	7.483,4	14.705,4	1.440,7	23.629,5
1940	7.749,0	16.435,6	1.690,4	25.875,0
1950	7.333,8	18.606,9	2.022,5	27.963,2
1960	8.347,3	19.612,1	2.505,3	30.464,7
1970	9.459,6	21.290,5	3.290,6	34.040,7
1981	9.685,7	23.760,9	4.236,7	37.683,3
1991	7.527,6	25.847,1	5.352,3	38.727,2
1996	6.522,1	26.844,0	6.050,0	39.416,1
2001	6.267,2	26.972,5	6.689,6	39.929,3

Fuente: INE, España. Anuario Estadístico 1993. Madrid 1994.

Los datos de 1996 y 2001 corresponden a la variante media de las proyecciones realizadas por el INSTITUTO DE DEMOGRAFÍA, Proyección de la población española, Vol. 1. CSIC, Madrid, 1994.

Al comenzar el siglo, en España los ancianos suponían un 5,2% del total de la población. Sin embargo, el último censo, realizado en 1991, indicaba una proporción de casi el 14%, que actualmente ya ha sido superada. Pero, como puede observarse en el Cuadro 3, la proporción seguía siendo baja en 1960, y España tenía casi un 30% de su población con una edad inferior a los 16 años. La tendencia secular de crecimiento de las edades avanzadas se veía compensada por una recuperación de la proporción de menores de 15 años que se hizo notoria entre 1950 y 1960. Es en las últimas dos décadas cuando se produce la aceleración en el ritmo de crecimiento del grupo de ancianos, causada no sólo por su propio crecimiento en términos absolutos, sino sobre todo por la rápida reducción del grupo infantil, que baja al 20% del total ya en 1991.

El índice de envejecimiento aún es más significativo. Si en 1981 había más de dos niños por cada anciano, en sólo quince años la relación se ha aproximado a la igualdad. Según las proyecciones, pese a que se han construido bajo el supuesto de una ligera recuperación de la natalidad, en los pocos años que faltan para acabar el siglo habrán ya más ancianos que niños. A esta situación se llegará con cierta lentitud, puesto que, como ya se vio, los efectivos de las generaciones nacidas entre 1936 y 1941 son reducidos. Después del 2006 la llegada a los 65 años de generaciones más "llenas" aumentará de nuevo el ritmo de crecimiento del grupo. Mientras tanto, el incremento absoluto habrá sido del 25%, unos 1.337.300 ancianos más que en 1991.

Cuadro 3. Estructura de la población por grandes grupos de edad, España 1900-2001

Año	0-14	15-64	65 y más	Índice de vejez*
1900	33,52%	61,28%	5,20%	16%
1910	33,97%	60,50%	5,53%	16%
1920	32,33%	61,97%	5,71%	18%
1930	31,67%	62,23%	6,10%	19%
1940	29,95%	63,52%	6,53%	22%
1950	26,23%	66,54%	7,23%	28%
1960	27,40%	64,38%	8,22%	30%
1970	27,79%	62,54%	9,67%	35%
1981	25,70%	63,05%	11,24%	44%
1991	19,44%	66,74%	13,82%	71%
1996	16,55%	68,10%	15,35%	93%
2001	15,70%	67,55%	16,75%	107%

FUENTE: Cuadro anterior

* Número de personas de 65 y más años por cada 100 personas de menos de 15 años.

Se ha expuesto hasta aquí la distribución por edades de la población de España, así como la evolución de sus principales determinantes. Los datos españoles parecen dar la razón a los demógrafos que sostienen que, en general, el proceso de envejecimiento demográfico en los países desarrollados se debe fundamentalmente al descenso de la natalidad, y sólo muy residualmente al de la mortalidad. Sin embargo, también puede considerarse el descenso de la natalidad como una consecuencia indirecta de la reducción de la mortalidad, en particular la infantil. Es decir que el descenso de la mortalidad ha introducido "efectividad" en el funcionamiento del conjunto social y explica que ya no sea necesario tener seis u ocho hijos para asegurar una descendencia neta de dos. El descenso de la natalidad, por tanto, no debe verse como un fenómeno independiente del conjunto de mejoras de todo tipo que han llevado a la población española a la esperanza de vida actual.

Al margen de consideraciones generales, en Cuadros 2 y 3 resulta patente que el grupo de mayores de 64 años presenta durante todo el siglo una evolución creciente continuada, en términos absolutos y, sobre todo, en porcentajes respecto al conjunto de la población. Y ello ha venido ocurriendo incluso en los años 50 y 60, en que la natalidad aumentaba y la proporción de menores de 15 años crecía. Que desde mediados de los setenta, la caída de la natalidad haga que el incremento relativo de los ancianos sea mayor no debe crear el espejismo de que el

envejecimiento demográfico es cosa de falta de niños. Los verdaderos protagonistas son los cada vez más numerosos habitantes del país que alcanzan o alcanzarán edades avanzadas.

Son las características demográficas de dicho grupo de edad, el de los "mayores" las que se examinan a continuación.

4. Características demográficas de la población de 65 años y más

Si bien existen diferencias sociales importantes asociadas a la edad, y los 65 años tienen una significación importante como punto de división entre grandes grupos, sería un error importante considerar que definen un grupo homogéneo. En realidad, tanto por la diversidad de las trayectorias vitales como por las diferencias respecto a los efectos del envejecimiento fisiológico, resulta imprescindible un análisis más detallado de las características demográficas de la vejez.

A continuación se hace un exámen de la evolución de la estructura interna por edades y sexo del gran grupo de 65 y más años. Se expondrán finalmente las pautas principales de su distribución sobre le territorio, así como algunas de las implicaciones del las particulares características diferenciales de los ancianos en relación al resto de edades.

4.1. Las diferentes edades de la vejez

No debe exagerarse la utilidad del conocimiento sobre el incremento absoluto y porcentual en el número de ancianos. Cuando se trata de grupos de edad con características muy diferenciadas, la relación interna entre estos gana importancia: un aumento relativo idéntico de los grupos 65-69 y 75-79, por ejemplo, no tiene efectos proporcionalmente idénticos en el número de personas que padecen dolencias crónicas o necesitan ayuda a domicilio.

Entre 1981 y 1991, el conjunto del grupo presenta un incremento de un 25% , que llegará a ser del 55% en el 2001. El grupo quinquenal de mayor peso es, naturalmente, el de 65-69 años. Sin embargo, nótese que su peso se mantiene e incluso disminuye a partir de 1991, efecto de la ya comentada llegada a los 65 años de generaciones poco voluminosas.

Cuadro 4. Distribución y estructura interna, en grupos quinquenales de la población de 65 y más años, España 1981-2001 y su evolución respecto a 1981

Edad	1981	1986	1991	1996	2001
65-69	1.445.607	1.501.984	1.781.872	1.977.695	2.052.331
70-74	1.213.808	1.276.208	1.323.717	1.650.239	1.764.491
75-79	852.178	981.587	1.051.690	1.112.821	1.363.358
80-84	461.960	592.056	695.617	770.660	795.891
85 y más	263.163	336.565	447.312	538.648	611.139
Total 65 y más	4.236.716	4.688.400	5.300.208	6.050.063	6.587.210
65-69	34,12%	32,04%	33,62%	32,69%	31,16%
70-74	28,65%	27,22%	24,97%	27,28%	26,79%
75-79	20,11%	20,94%	19,84%	18,39%	20,70%
80-84	10,90%	12,63%	13,12%	12,74%	12,08%
85 y más	6,21%	7,18%	8,44%	8,90%	9,28%
Total 65 y más	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
65-69	100	104	123	137	142
70-74	100	105	109	136	145
75-79	100	115	123	131	160
80-84	100	128	151	167	172
85 y más	100	128	170	205	232
Total 65 y más	100	111	125	143	155

FUENTE: Censos y Padrones corresidentes.. Los datos de 1996 y 2001 corresponden a la variante media de las proyecciones realizadas por el INSTITUTO DE DEMOGRAFÍA, *Proyección de la población española*, Vol. 1. CSIC, Madrid, 1994.

Lo realmente recalable es el ritmo de crecimiento de las edades más avanzadas, que podría caracterizarse como "sobreenvjecimiento" demográfico. Pese a su crecimiento en términos absolutos, el grupo de 65 a 74 años, que representaba el 62,8 % de los ancianos en 1981, había pasado a tener un peso del 58,6% en 1991 y disminuirá hasta el 57,9 en el 2001. La causa es el mayor crecimiento de los muy viejos, especialmente apreciable en el grupo de más de 84 años, que desde 1981 hasta el 2001 se habrá multiplicado 2,3 veces.

Esta modificación de la composición por edades ha trasladado la secular preocupación por la mejora de la esperanza de vida, que parece hoy bastante cubierta, por otra, tan fundamental como la anterior, centrada en la calidad de la vida durante los años ganados a la muerte.

El "envejecimiento dentro del envejecimiento", característico de la evolución demográfica en los países desarrollados, acentúa también la importancia de una de las variables demográficas fundamentales: el sexo.

4.2. Estructura por sexos

Es bien conocido que el número de nacimientos masculinos suele ser algo superior al de los femeninos. No obstante, dentro de una misma generación, la relación entre hombres y mujeres (relación de masculinidad) cambia progresivamente con la edad, a causa de la mayor mortalidad masculina, que ya pudo observarse en un apartado anterior. El resultado en el conjunto de la población es que el número total de hombres resulta generalmente inferior al de mujeres, unos 96 hombres por cada 100 mujeres en el caso de España. Se trata de una relación de masculinidad acorde con la de otros países desarrollados. La Europa de los doce tenía en 1990 una relación de 95,00, sin mucha variación en torno a este valor (95,53 en Bélgica, 93,20 en la RFA, 95,06 en Francia, 94,46 en Italia o 95,22 en el Reino Unido.)

El descenso de la relación de masculinidad en relación a la edad plasmado en la Figura 3 permite deducir que cuando se trata de la población en edades avanzadas el panorama es completamente diferente. En 1991 las mujeres de más de 80 años doblaban en número a los hombres de la misma edad. En otras palabras, no resulta exagerado decir que la ancianidad en España, como casi en

Figura 5. Relación de masculinidad, España 1991



Fuente: INE, *Censos de Población y de Viviendas*. (Muestra avance). Madrid 1992.

todas partes, es cosa de mujeres. Que las previsiones para el 2001 señalen que las diferencias aparecerán a edades algo superiores es resultado de la mejora de la esperanza de vida en dichas edades, y no debe producir falsas impresiones. El número de mujeres superará en más de un millón al de hombres en ese año.

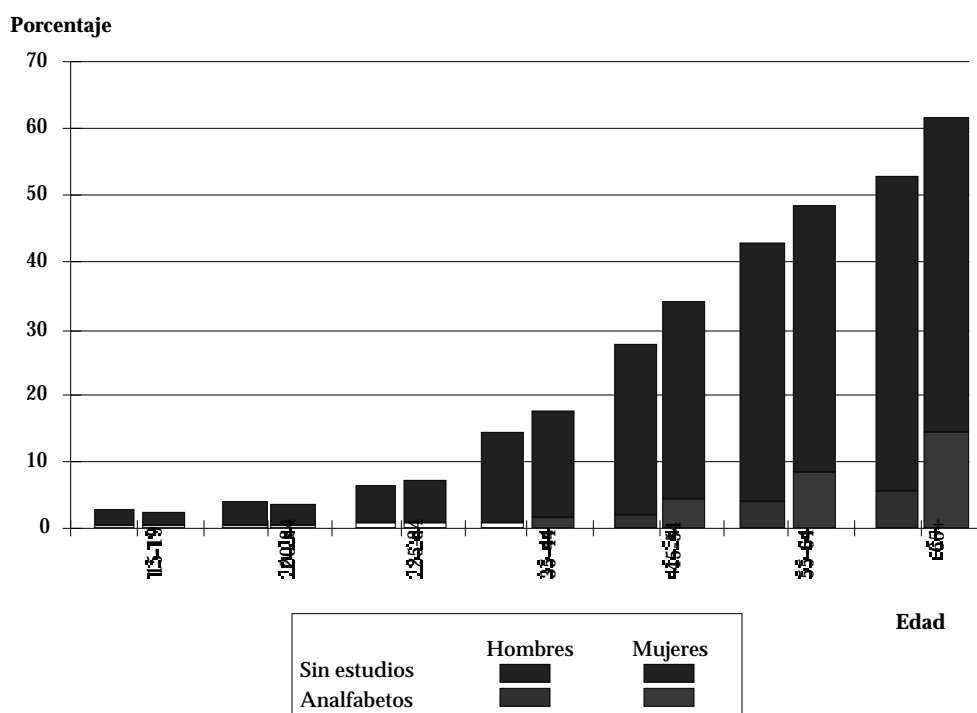
Cuadro 5. Relación de masculinidad de la población de 65 y más años por grupos quinquenales. España 1991 y 2001. ¡Error!No se encuentra la fuente de la referencia.

Edad	1991			2001		
	hombres	mujeres	masculinidad	hombres	mujeres	masculinidad
65-69	842.980	938.892	89,78%	958.111	1.094.220	87,56%
70-74	552.342	771.375	71,60%	778.937	985.554	79,04%
75-79	409.874	641.816	63,86%	563.468	799.890	70,44%
80-84	251.589	444.028	56,66%	280.894	514.997	54,54%
85 y más	138.500	308.812	44,85%	185.203	425.936	43,48%
total 65+	2.195.285	3.104.923	70,70%	2.766.613	3.820.597	72,41%

FUENTE: Censo de 1991.. Los datos del año 2001 corresponden a la variante media de las proyecciones realizadas por el INSTITUTO DE DEMOGRAFÍA, *Proyección de la población española*, Vol. 1. CSIC, Madrid, 1994.

Esta característica de la población anciana debe matizar considerablemente el análisis de todas las demás. Si bien el establecimiento de la edad de 65 años como inicio de la vejez es convencional y deriva de consideraciones laborales, debe recordarse que tales consideraciones se refieren principalmente a la ocupación laboral fuera del hogar. La actividad femenina no responde en absoluto a tales límites. En general, las diferencias por sexo, que ya son notables en el conjunto de la población respecto a variables críticas como el nivel de instrucción o los porcentajes de actividad, se vuelven absolutamente fundamentales entre generaciones que han desarrollado gran parte de su vida en un contexto social en que la igualdad entre hombres y mujeres no gozaba de gran predicamento. El reciente progreso hacia la igualdad, y las diferencias asociadas a la edad que lo reflejan, se muestran de manera privilegiada en el siguiente cuadro:

Figura 6. Porcentaje de analfabetos y sin estudios por sexo y edad. España 1991.



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos censales.

El nivel de instrucción de las mujeres jóvenes ha llegado a rebasar el de los hombres de su misma edad. Sin embargo España se encuentra en un momento crítico en el que tales generaciones conviven con las nacidas antes de la guerra civil y escolarizadas en una posguerra de triste recuerdo por las penurias y las dificultades económicas y sociales. El resultado es que un 14% de las mujeres de más de 64 años son analfabetas y, del resto, más de la mitad no tiene estudios. Lo que podría considerarse erróneamente como un mero indicador "cultural" tiene en realidad efectos importantes y evidentes en muchas otras características de los individuos. El nivel de instrucción guarda relación no sólo con la situación económica, sino también con el provecho que puede extraerse de los recursos y la información disponibles. Incluso el nivel de salud "objetivo" y, sobre todo, la percepción "subjetiva" que de él se tiene, son peores entre las personas de nivel de instrucción bajo o, lo que es lo mismo, entre las mujeres de edad avanzada.

Por tanto, la sobremortalidad masculina no debe ocultar la peor situación relativa de las mujeres en el grupo mayoritario entre los mayores de 64 años. Incluso esa misma diferencia en la mortalidad constituye un factor más de desventaja, puesto que, unida a la mayor edad media al matrimonio de los hombres, multiplica las probabilidades de que las mujeres pasen los últimos años de su vida viudas viviendo, bien solas, bien dependiendo de los hijos. Por tanto, el sistema de transmisión patrimonial, la escasa participación laboral fuera del hogar cuando tenían edad activa, la menor cuantía de las pensiones de viudedad respecto a las de jubilación, la mayor morbilidad, etc. dibujan un cuadro muy diferente para el sector femenino en la vejez que debe ser omnipresente en el análisis y en la planificación de las actuaciones en política social.

5. Distribución geográfica

El incremento de la proporción de ancianos es generalizado y puede observarse en todas las provincias españolas. No obstante, la coincidencia no va más allá; las diferencias sociales y económicas dentro del territorio español son sobradamente conocidas, y uno de sus reflejos puede buscarse en la estructura por edades de la población de cada una de las divisiones territoriales. La Figura 7 presenta el porcentaje de mayores de 64 años en cada provincia, desde 1970, evidenciando tales diferencias y la existencia de algunas pautas generales en la distribución.

Así, con algunas excepciones como las de Madrid, Valladolid y Vitoria, las provincias más envejecidas, prácticamente en todos los años observados, son las de la España interior. Aparentemente, el envejecimiento guarda relación con el dinamismo económico y el mayor desarrollo del sector servicios, y parece natural pensar que también con la natalidad de dichas zonas. Sin embargo, la explicación es mucho más compleja y tiene como protagonista destacado un factor muy diferente, aunque directamente relacionado con los anteriores: el factor migratorio.

Ya se ha comentado la escasa relevancia del factor migratorio, frente a la natalidad y la mortalidad, a la hora de explicar la evolución de la estructura por edades del conjunto de la población de España. Sin embargo, cuando se desciende en el nivel de agregación geográfica, y el objeto son las diferentes divisiones territoriales de la geografía española, resulta difícil exagerar su relevancia.

Ello no niega la influencia de los otros factores; Andalucía protagonizó fuertes migraciones desde finales de los años cincuenta, pero se trató de un fenómeno excepcional en su historia, concentrado en unas dos décadas, y paliado parcialmente por su gran volumen poblacional de partida y por una natalidad superior a la media en los años posteriores. En consecuencia su población es relativamente joven, aunque también se observe claramente la correlación entre migración y envejecimiento en caso como el de Jaén. No obstante, pese a las excepciones, resulta evidente que las provincias más envejecidas son aquellas en que la emigración es ya tradicional durante todo el siglo. Este es el caso de todas aquellas cuya población anciana superaba el 21% del total en 1991. Lugo, Orense, Soria, Huesca y Teruel son provincias con una larga tradición emigratoria de carácter laboral, que ha esquilado principalmente las edades jóvenes.

Si aún se descendiese más en el nivel de detalle territorial, podría observarse también que dentro de cada provincia los municipios más envejecidos son los de pequeño tamaño, de economía rural o industrial arcaica, con una historia antigua ya de despoblamiento. Su población joven emigra tradicionalmente a las ciudades próximas, a las capitales de provincia, etc. Puesto que este movimiento de despoblación y consecuente envejecimiento de las zonas rurales es antiguo, muchas ya no podrán incrementar mucho más el porcentaje de mayores de 64 años, por lo que el ritmo de envejecimiento empieza ya a ser más lento que en las zonas de población más joven.

5.1. El hábitat urbano

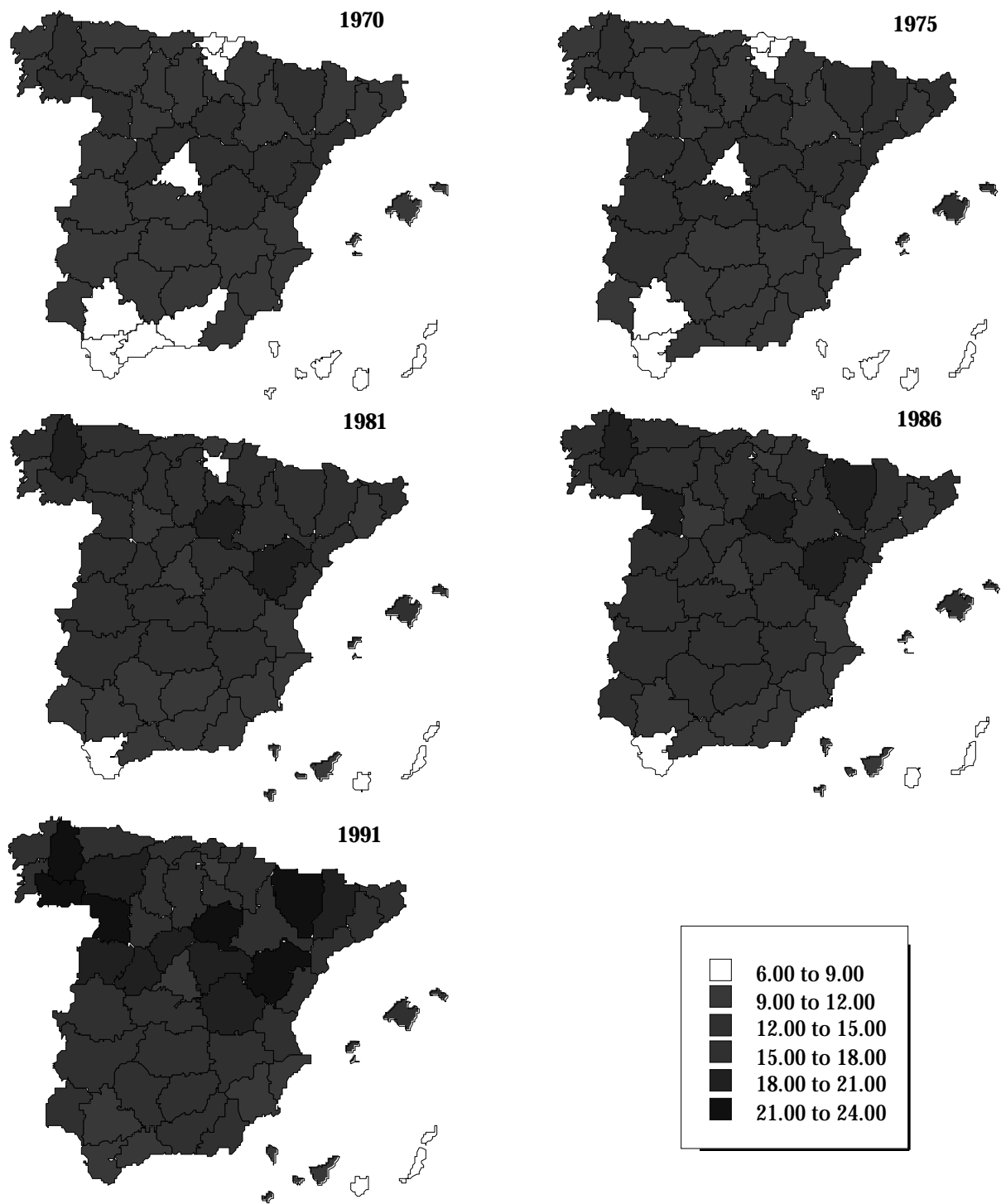
La evolución descrita evidencia que el envejecimiento demográfico no es sólo un fenómeno propio del ámbito rural. La realidad es que la despoblación lo ha adelantado en dichas zonas, retrasándolo en las demás.

En términos absolutos aún es más cierto que la vejez es cosa de las grandes capitales. Es en las grandes ciudades donde se concentra la mayoría de los ancianos españoles. Incluso puede generalizarse el modo en que se distribuyen dentro del territorio urbano. Investigaciones reiteradas confirman la pauta prácticamente universal por la cual las personas de edad avanzada se concentran en los barrios antiguos, generalmente muy céntricos, de los núcleos urbanos. Las explicaciones son diversas, pero destaca la menor movilidad residencial de las personas de edad avanzada, el crecimiento urbano, la dificultad de los jóvenes para encontrar nuevas viviendas en zonas ya muy densamente construidas o el apego de los ancianos al propio domicilio y al barrio. Se asiste hoy, por tanto, a un curioso proceso de rejuvenecimiento poblacional de las coronas periféricas de las grandes áreas metropolitanas, a las que trasladan su residencia los matrimonios jóvenes en busca de vivienda, mientras la población del área central originaria envejece rápidamente.

Esta peculiar distribución de las diferentes edades en las grandes ciudades tiene consecuencias importantes sobre las condiciones de vida de los ancianos. Sus viviendas, de construcción antigua, presentan problemas arquitectónicos cuando existen discapacidades: la superficie suele ser excesiva, falta el ascensor, la calefacción resulta difícil y cara. Los equipamientos urbanos son obsoletos e insuficientes y existe una considerable presión inmobiliaria por el elevado valor del suelo.

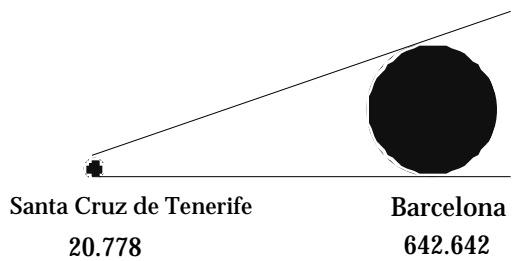
Pero, quizá más importante todavía, esta distribución urbana implica el progresivo aislamiento respecto al resto de generaciones que habitan la ciudad. No se trata de una simple cuestión de distribución de las edades. También interesan en este caso las relaciones entre ellas. Pese a que los saldos migratorios actuales no son los de hace algunas décadas, ello no debe interpretarse como falta de movimientos migratorios. Por el contrario, ocultan un gran volumen de entradas y salidas. Los viejos urbanos quizá convivan en la misma ciudad con porcentajes de jóvenes y adultos no muy cambiantes, pero la identidad de los mismos sí lo es.

Figura 7. Porcentajes de mayores de 64 años por provincias. España 1970-1991



Fuente: Elaboración propia a partir de los Censos y Padrones correspondientes.

Figura 8. Población de 65 y años (números absolutos). España 1991



Fuente: INE. Censo de Población y Vivienda 1991.

¡Error!No se encuentran elementos de índice.

El llamado envejecimiento de la población no es sino la evolución lógica y deseable de las poblaciones humanas. Para impedirlo sólo cabría un estancamiento o incluso un retroceso de la esperanza de vida o un crecimiento continuado de la población, resultado de una natalidad en continuo aumento que viniera a compensar los efectos de la cada vez mayor longevidad sobre la estructura de edades de la población.

Ninguna de estas soluciones parece ser satisfactoria, ni siquiera aceptable. Luego, resistir a la idea del progresivo envejecimiento de la especie humana es un combate de retaguardia que no lleva a ninguna parte.

Por ello, es urgente un cambio de óptica, que destaque los aspectos positivos del proceso y propicie no sólo los cambios adaptativos a la nueva situación, sino una auténtica reconsideración de las estructuras biográficas.

En este sentido, muchos de los propios interesados, personas mayores o que son conscientes de que llegarán a serlo y lo aceptan sin pesadumbre, están dando el ejemplo en sus propias vidas, viviéndolas creativamente y sin seguir los dictados que la sociedad emite en función de la edad administrativa.

Puedan los científicos y especialistas contribuir a esta reconsideración liberando también su pensamiento de estereotipos y esquemas prefabricados.

Quizá ayudaría, en este sentido, ir evitando la palabra "envejecimiento" cuando se quiere hablar, en realidad, de un simple cambio de composición de un grupo de personas. Ello, mientras se exploran las posibilidades semánticas del idioma en busca de vocablos con connotaciones más positivas y constructivas.